

500  
armas



EL ARROGUE  
INTELLECTUAL

Reynaldo Castro

Reynaldo Castro

el  
arrugue  
intelectual

**Literatura, posdictadura y  
otros saberes inútiles en / desde Jujuy**



# Índice

Estos textos	9
A manera de prólogo: Jactancia del riesgo, por Alejandra Nallim y RC	15
1. Un estado de la cuestión	25
a. Algunos números	27
b. Esta encuesta	35
c. Precisiones	36
d. Valiosos	37
e. Imprecisiones	39
f. Los libros más importantes	41
g. Campos, quintitas y lotes intelectuales	44
h. Fundadores y recién llegados	45
i. Topografía contemporánea	46
2. La revista <i>Tarja</i> : Un ejemplo de periodismo literario	55
3. Razones para no concederle una entrevista filmada a la secretaria de Cultura del gobierno de Xuxuy con motivo del sexagésimo aniversario de la creación de la revista <i>Tarja</i>	71

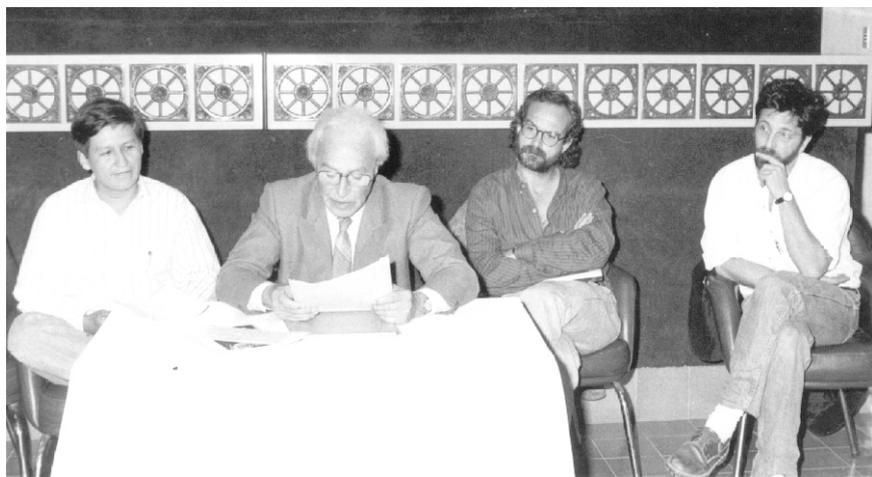
4.	Otra voz canta: Alcira Fidalgo	77
5.	Posdictadura en Jujuy: El arrugue intelectual, Fidalgo y después	115
6.	Todos teníamos entre veinte y treinta y pico de años (a propósito del origen de la nueva poesía de Jujuy)	141
7.	Campo literario jujeño en la década del noventa: El fin de la inocencia	147
a.	Entrada	147
b.	El método	149
c.	El suplemento cultural	150
d.	Editoriales	155
e.	Una ley para escritores	163
f.	Los premios	167
g.	Libros no esperados	174
h.	La poesía gana la partida	181
i.	Referentes	182
j.	Sobre los poetas	186
k.	Sobre los narradores	191
l.	Conclusión 1: Los poetas	194
m.	Conclusión 2: Los narradores	196
n.	Salida	198
8.	Respuestas y silencios de escritores jóvenes en Jujuy: Letras del Bicentenario	205

9.	Marcelo Lagos (1953-2010): En el año del bicentenario, murió el historiador	219
10.	El mito del que quería volar y quemaba sus alas: Álvaro Cormenzana	221
11.	“Éramos soberbios”, por Ernesto Aguirre (a propósito del primer libro de Cormenzana)	227
12.	Enseñar en la puna	231
13.	Ernesto Aguirre (1953-2016): Parte del aire	235
14.	Misas herejes, Fernet y comunicación: Luis Alberto Quevedo y el origen del pensamiento crítico en Jujuy	237
15.	Cómo dormir tesisistas por medio de una videoconferencia	251
16.	El mugido de Baca: poesía y política	255
a.	Con mis poemas no han de barrer, por Estela Mamaní	261
b.	Un grave error, por Saúl Solano	263
c.	La antología como máquina de hacer chorizos, por RC	264
d.	Operación fracasada quiere volver como opereta, por Pablo Baca	268
e.	Baca contra Baca, por RC	272

f.	A propósito de falacias y validaciones en la literatura jujeña, por Lola Castro Olivera	280
g.	Llamado a jóvenes poetas, por Yarará	285
17.	Tecnologías blandas para ejercer el pensamiento crítico	291
18.	Cómo meter presos con palabras	301
19.	Cartografía literaria, mediática y teatral desde la dictadura hasta el siglo XXI en Jujuy	309
20.	La literatura en Jujuy en el cambio de milenio: Utopía democrática, crisis y memorias	347
	Apéndice: una cronología de libros consultados	357
	Índice onomástico	371
	Índice de ilustraciones	385



LA GENERACIÓN DE LA POSDICTADURA. Alejandro Carrizo, Álvaro Cormenzana, Nélica Cañas, RC y Fidalgo (presentador).



NUEVA POESÍA DE JUJUY. RC, Fidalgo, Ernesto Aguirre y Ramiro Tizón. Presentación de la antología. Colegio de Abogados, 1991.

5.

# e l arrugue intelectual, Fidalgo y después

(Post dictadura en Jujuy)

En marzo del 2001, junto a los poetas Irene Gruss (†), Aldo Parfeniuk y Fabián San Miguel (†), participamos de una gira literaria por la Patagonia. Habíamos sido invitados por la secretaría de Cultura de la Nación que, por aquel tiempo, inauguraba

Casas de Poesía. Por esa razón, me acuerdo, no estuve en la presentación del libro *Jujuy, 1966 / 1983: Violaciones a Derechos Humanos cometidas en el territorio de la provincia o contra personas a ella vinculadas* de Andrés Fidalgo (Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2001). Al otro día de ese acto, llamé por teléfono, desde Comodoro Rivadavia<sup>1</sup>; me contaron, entre otras cuestiones, que el aplauso hacia Andrés había sido muy extendido. No pude evitar emocionarme por el reconocimiento bien merecido al maestro.

El libro en cuestión empezó a escribirse en 1999. Yo fui su mecanógrafo o -para decirlo en términos de las nuevas tecnologías de la información- su operador en el procesador de textos. Entonces, Andrés dictaba y yo tecleaba para que sus palabras subieran al monitor. A veces, él corregía antes de terminar la frase y yo terminaba exhausto; cansado por la velocidad del dictado y por la temática que trataba. Después de cada sesión (recuerdo que esos encuentros eran lunes, miércoles y viernes, desde la cinco de la tarde, en su casa del barrio Ciudad de Nieva), Nélide, la mujer de Fidalgo nos esperaba con café y galletitas dulces.

¿Por qué hubo que esperar 25 años para que un escritor se animara a escribir sobre la dictadura en Jujuy? ¿Era una tarea

1. Nuestra misión, en la Patagonia, era leer poemas y, el 24 de Marzo, reflexionar sobre la situación de los poetas y la dictadura, En el recital itinerante se leyeron, además, dos textos especialmente enviados: una declaración de la Unesco y una carta del poeta argentino residente en México Juan Gelman. El diario *Clarín* informo brevemente de esta actividad, por aquellos días.

que debía ser realizada por un escritor? ¿Qué escribían los investigadores de la Universidad Nacional de Jujuy (UNJu)? ¿Podía alguien que no sea Fidalgo haber escrito ese libro que iniciaba el camino de recuperación de las memorias locales referidas a la represión dictatorial?

Comienzo por la última cuestión: el año en que Andrés empezó a escribir –en rigor, a dictarme–, tenía 80 años (para su cumpleaños, recuerdo, le hicimos una publicación única titulada *Octogenario, ¡las pelotas!: Antihomenaje a Andrés Fidalgo*), él gozaba de un lugar central en el campo literario, por haber sido uno de los directores de la ya clásica revista *Tarja* que salió en la segunda mitad de la década del cincuenta. Además, era muy reconocido por haber ordenado toda la literatura jujeña en su utilísimo *Panorama de la literatura jujeña* (Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1975), por sus colaboraciones en suplementos literarios locales y revistas marginales realizadas por jóvenes que raramente llegaban al cuarto número. También había escrito la primera nómina de detenidos-desaparecidos de Jujuy. Es decir, Andrés era nuestro referente intelectual en aquel cambio de milenio.

Recuerdo que los escritores que formamos parte de la generación de posdictadura, le decíamos el “Viejo”, quizás porque encarnaba esa figura paterna que todos construimos idealmente. Compartíamos sus posiciones ideológicas, casi todos sus gustos literarios coincidían con los nuestros, tenía un pasado combativo (antifranquista en su primera juventud en Córdoba, abogado de gremialistas y presos políticos en los años

calientes); además, le teníamos mucho respeto porque era un tipo que había conocido el padecimiento por una hija desaparecida y, por si fuera poco, junto a Nélida<sup>2</sup>, aguantó el destierro. Sin embargo, él nunca se convirtió en un profesional del dolor. Todos lo admirábamos porque, por encima de todo, fue un hombre solidario y generoso. En aquel 1999, a los ochenta años, él era el más joven de todos los escritores de Jujuy.

Durante cinco lustros los escritores jujeños no estuvimos a la altura de las circunstancias. En esos años, algunos habíamos concurrido a marchas que reclamaban justicia, habíamos firmado manifiestos en contra de los torturadores y, cada noche, nos habíamos acostado con la satisfacción de estar contentos con nosotros mismos. Pero, sabíamos que algo no cerraba en nuestra amarga historia. Veníamos de una masacre y aún no sabíamos cómo representarla.

¿Cómo escribir acerca de más de ciento treinta detenidos-desaparecidos de una provincia marginal? ¿Cómo narrar sobre los apagones del terror ocurridos en Libertador General San Martín y Calilegua? ¿Cuáles son las palabras adecuadas para describir al Centro Clandestino de Detención (CCD) que funcionó en una hostería ubicada en la localidad de Guerrero? ¿Cómo nombrar al más temible torturador que se llamó Ernesto Jaig y que fue el mandamás del Comando Radioeléctrico de la policía provincial? ¿Cómo reivindicar las identidades militantes

2. Escribí un perfil sobre ella en la revista *Nadie olvida nada*, año III, n° 7. San Salvador de Jujuy, marzo de 2006.

de tres escritores secuestrados y que nadie, excepto algunos familiares, se atrevían a rescatarlos? Y una última cuestión: ¿cómo contar sobre la transformación que experimentaron un grupo de mujeres y unos pocos hombres que dejaron sus dolores personales y casi secretos para unirse en un colectivo militante que reclamaba –que reclama– memoria, verdad y justicia?

Veníamos de una historia que había estado en el filo del abismo. El desafío, por lo tanto, era inmenso. Nos faltaban textos que reencuentren aquellas palabras que también habían sido desaparecidas. Sabíamos que había que escribir contra el olvido, pero, hasta el 2001, aún no sabíamos cómo. Intuíamos que había que empezar a escribir como quien teje un manto contra el olvido, un manto reparador contra todo tipo de atropellos. Y también sabíamos que sólo contábamos con hilos rotos.

Era muy difícil que los científicos sociales de la UNJu se enfrentaran a la problemática de la dictadura y sus consecuencias. Difícil porque este campo investigativo tardó en constituirse ya que la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (FHyCS) recién empezó a funcionar a mediados de los ochenta y, si releemos las investigaciones que circularon en los noventa, estos científicos tenían el hábito de escribir sólo para sus pares.

Difícil porque los historiadores recién en 1989 empezaron a trabajar sobre la historia regional y sus objetos de estudios estuvieron, durante demasiado tiempo, centrados en el pasado colonial.

Difícil porque los antropólogos no tenían, en sus planes de investigación, las tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a los apagones del terror de julio de 1976, por dar un ejemplo<sup>3</sup>. Sí existen –justo es afirmarlo– algunos trabajos que realizan la crítica de lo existente, como la monografía titulada *La Modernidad Agrietada* de Elena Belli y Ricardo Slavutsky, en el que ellos analizan los procesos políticos posdictadura, la modernización ligada a las tecnologías de la producción y las condiciones históricas y culturales de Jujuy<sup>4</sup>. Este trabajo apareció –muy mal editado, también es justo aclararlo– en formato libro.

Difícil porque desde la carrera de Letras, la tarea ordenadora y meticulosa de Fidalgo no generó discípulos que se atrevieran a reconstruir el campo cultural fracturado por los exilios internos y externos que produjo la dictadura.

Difícil porque varios de los mejores egresados de Ciencias de la Educación, en la década del noventa, estuvieron más preocupados por trabajar en los programas de la transformación educativa que en averiguar porque la Escuela Comercial N° 2 de Palpalá había recibido el nombre de

3. Esta será la cuestión que analizará Ludmila da Silva Catela, en el capítulo “Apagón en el ingenio, escrache en el museo”, en Del Pino, Ponciano y Jelin, Elizabeth (comp.), *Luchas locales, comunidades e identidades* (Madrid: Siglo XXI, 2003, colección: Memorias de la represión).

4. Para más detalles, véase mi comentario “Políticos, tabacaleros y movilización (a propósito de *La Modernidad Agrietada: Los procesos políticos en Jujuy* de Elena Belli y Ricardo Slavutsky, Instituto Interdisciplinario Tilcara, circa 1997), en suplemento Cultura del diario *El Jujeño*, San Salvador de Jujuy, 29 de marzo de 1998.

“Conquista del Desierto”, en plena dictadura, por decreto y sin ninguna justificación. En los noventa, para algunos, importaba más un trabajo que pagaba honorarios con fondos del Banco Interamericano de Desarrollo que la reflexión sobre cómo la dictadura reivindicaba un pasado que justificaba su proyecto de poder.

Difícil porque desde el campo de la comunicación social, el trabajo de investigación –tan bien inaugurado por Luis Alberto Quevedo y Ariana Vacchieri (†)– recién en el 2006 iba a continuarse con un cuerpo apreciable de obras referidas a la problemática local<sup>5</sup>.

En fin, si hay algo que se le debe reprochar a la investigación de la UNJu, es la falta de interés sobre una problemática que reclamaba autores que convirtieran en inteligible la dolorosa historia reciente; la falta de decisión política de sus autoridades para promover historias sobre el poder dictatorial y sus víctimas, y, sobre todo, la falta de una búsqueda estética que sea capaz de expresar, con palabras precisas, una situación traumática que, para muchos de los familiares de los detenidos-desaparecidos, aún continúa.

5. Los trabajos de Quevedo y Vacchieri que me refiero son: *El sistema de medios en Jujuy* (San Salvador de Jujuy: FHyCS/ UNJu, 1994) y “Bibliografía Argentina sobre Derechos Humanos (1975-1990)”, en AAVV, *Juicio, castigos y memorias: Derechos humanos y justicia en la política argentina* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1995). Esta tarea recién encontró continuidad en la obra que compiló César Arrueta: *Sociedad, Estado y Medios de Comunicación: Aportes para pensar la responsabilidad comunicativa en Jujuy* (San Salvador de Jujuy: De la Rueda, 2006).

El trabajo de pensar e interpretar la posdictadura estuvo protagonizado por los escritores, antes que por los científicos sociales. Algunos, como es el caso de Fidalgo, con el rango de intelectual, quizás se trate del último intelectual frontal de esta tierra de fronteras. Otros tal vez como cripto-intelectuales, semi-intelectuales o paraintelectuales que emergíamos por fuera del campo universitario local.

Así, el dolor por el exilio se puede ver en palabras de Héctor Tizón que figuran en la contratapa del libro *La casa y el viento* (Buenos Aires: Legasa, 1984): “Este será, al menos en mis apuntes, el testimonio balbuciente de mi exilio; pero quisiera que también lo fuese de mi amor a esta tierra y a los hombres, a mis vecinos, en los días en que se acobarda, aterroriza y mata”. Su imagen como escritor que reflexiona sobre la dictadura se acrecienta, en los años siguientes, con varias notas que circularon en diarios y revistas de Buenos Aires.

Néstor Groppa publicó *Abierto por balance: De la literatura de Jujuy y otras existencias* (San Salvador de Jujuy: Buenamontaña, 1987), un balance literario de un cuarto de siglo (1956 / 1981), un libro de género confuso que contiene datos sobre escritores, entrevistas a personas que no son escritores, poemas y un “cronicón cultural”; de alguna manera, esta obra complementa el trabajo realizado por Fidalgo en 1975. Y, sin embargo, aún seguíamos sin saber nada sobre Avelino Bazán, José Carlos Coronel y Alcira Fidalgo: nuestros tres escritores detenidos-desaparecidos.

Un año después, Andrés Fidalgo, sin ser historiador, publica un ensayo histórico: *¿De quién es la puna?* (San Salvador de Jujuy: Edición del Autor, 1988); una problemática que volverá a estar presente en la mente del escritor en los primeros años del nuevo milenio. Él había planeado reconstruir el asesinato del minero y cateador Rafael Tauler que ocurrió en 1935 y que había sido perpetrado por las autoridades provinciales y amparado por la Justicia. Esta obra quedó trunca por el deterioro físico de los últimos años de Fidalgo, quien murió a los ochenta y nueve. Unos años antes, a fines del 2005, había fallecido Nélica; Andrés nunca logró recuperarse y, también en ese penoso momento, nos preparó para su adiós definitivo<sup>6</sup>.

Volvamos a 1988, en este año publicamos una larga entrevista<sup>7</sup> a Ernesto Aguirre, quien recién empezaba a consolidar una de las obras poéticas más importante de la generación de posdictadura. Sus respuestas, por otra parte, estaban cargadas del tono virulento y provocador de todo autor emergente que es consciente del capital cultural que posee. Es necesario aclarar, por otro lado, que él formó parte de Mesa Ejecutiva de la delegación Jujuy de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos que se creó el 7 de enero de 1984. Fue uno

6. "Nos recibía y casi no hablaba, continuaba con sus lecturas y sólo al final de la visita se excusaba. Decía que así fue nuestra amistad, que nosotros no necesitábamos palabras para saber que podíamos contar el uno con el otro" (Reynaldo Castro, "Última noticia sobre Andrés Fidalgo", en suplemento literario del diario *Pregón*. San Salvador de Jujuy, julio de 2008).

7. Reynaldo Castro, *El escepticismo militante: Conversaciones con Ernesto Aguirre* (Córdoba: Alción editora, 1988).

de los que estuvo presente, unos meses antes, en las primeras conferencias que Adolfo Pérez Esquivel realizó en Jujuy. En una de esas charlas, Eublogia Cordero, madre de dos jóvenes detenidos-desaparecidos, denunció que tanto ella como sus hijos habían sido torturados en el CCD ubicado en Guerrero. Además, Aguirre había vivido una breve estadía en la Nicaragua sandinista, por eso realizó una tajante comparación:

Acá pretender que el Ejército Argentino tenga una escuela de poesía, claro, eso es una pretensión absurda, ya supera lo utópico, es absurdo. Y la Policía... bueno, para qué... imaginate una Policía con una tradición de torturas, de hacer desaparecer gente, irle a proponer una escuela de poesía es... pero, sin embargo, eso existe en Nicaragua y la prueba está en los cuadernos que editan: ahí figuran los poetas de los talleres de poesía de la Policía, del Servicio Penitenciario, del Ejército, del Servicio de Informaciones del Estado. La diferencia está en que aquella gente en vez de agarrar la picana agarra la lapicera. Una diferencia bastante notable.

La declaración es enfática, aunque las instituciones represivas que cita no aparecen con un anclaje concreto en Jujuy. Por esos días, algunos ya sabíamos de las atrocidades cometidas en la dictadura en esta provincia; pero, hasta entonces, nadie -de

manera pública- se había manifestado con la fuerza del poeta. Una cuestión más: el libro tiene un valioso estudio preliminar de Graciela Frega, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Córdoba, quien demuestra magistralmente que la crítica universitaria no se degrada si se dirige a un lector común.

Los noventa son los años en los que perdemos la inocencia<sup>8</sup> de creer que la democracia iba a curar todos los males. Quizás, por eso valga la pena releer *Fosa común* (Buenos Aires: Correo Latino, 1992) de Alejandro Carrizo que, desde su título, contiene la imposibilidad que muchos sentíamos a la hora de escribir acerca de los años de plomo. El comentario de Pedro Orgambide que aparece en la contratapa resume muy bien el contenido de los poemas:

[L]a mirada de Alejandro Carrizo, deslumbrada por el mismo hecho de vivir, de observar el mundo, tiene como destinatario al prójimo: mujer, hombre, compañeros, deudos del corazón. Todos caben en su poesía (la mujer de ojos locos que entra en su cama y llora por todo el cuerpo, la que abre su pecho mientras duerme y lo siembra de adioses; la lluvia de Famaillá, en Tucumán, lavando el rostro del asesinado; el padre que le regaló una palabra al nacer), todos caben, sí, en esta poética donde las peripecias, las imágenes, las

8. He escrito un capítulo sobre esa década en Marcelo Lagos (dir.) *Jujuy bajo el signo neoliberal: política, sociedad y cultura en la década de los noventa* (San Salvador de Jujuy, EdiUnju, 2009); en este libro figura como capítulo 7.

emociones, los recuerdos, se dan con cierto recato, en economía de palabras, en poemas de muy pocos versos generalmente. Unos ojos que nos miran detrás de los vidrios de un colectivo, una foto de Evita o Boca Juniors, o la visión de Discépolo que trae flores desde la ronquera de un bandoneón, pueden motivar al poeta, tanto como los grandes acontecimientos del mundo. Hay alusiones al crimen político, la guerra, las desapariciones, a lutos recientes.

La alusión, bien sabemos, es la acción de aludir. Es decir, en los textos de Carrizo se insinúan las atrocidades cometidas por la dictadura, pero salvo en un poema que tiene por título “A propósito de José Carlos Coronel”, no existen referencias absolutas sobre la masacre ocurrida en Jujuy. Por otra parte, los versos del poema carecen de la conciencia y la memoria que el título indica (el nombre de un poeta detenido-desaparecido): “de la poética carcelaria / nadie habla / menos cuando llueve / (por ejemplo/ y estamos presos / de un viejo amor”. Efectivamente, nadie habla, y en ese nadie está incluido el autor del poema. Ya expresamos que en los noventa habíamos aprendido a perder la inocencia, pero existía un pasado dictatorial en el que todos estábamos presos, un pasado que se negaba a pasar. A casi diez años desde la recuperación democrática, la reconstrucción discursiva del pasado dictatorial era una responsabilidad que ninguno quería asumir.

Hasta aquí hemos hablado de escritores e investigadores universitarios. ¿Qué pasaba con los actores del campo político? En 1993, las autoridades de la municipalidad de San Salvador de Jujuy organizaron una nutrida cantidad de actos culturales para conmemorar los cuatrocientos años de la tercera –y definitiva– fundación de la ciudad. Los funcionarios municipales justificaron los gastos que demandó la organización con la excusa que brinda una conmemoración anclada en un número redondo. Por un tiempo breve, la política municipal hizo olvidar que, desde mucho antes de aquella fundación, en estas tierras ya existían otros habitantes. Las voces de los pueblos originarios fueron tapadas con bombas de estruendo, festivales folklóricos y discursos oficiosos. Para muchos jujeños, existe un pasado colonial que aún no termina de pasar.

Recién tres años después, una contrapropuesta sólida se manifestará. Un grupo de docentes de Tilcara publicará una obra<sup>9</sup> que reconoce más diez mil años de historia en la Quebrada de Humahuaca. Esta acción marca una propuesta distinta a la política municipal. Como vemos, nos todos caen seducidos por los espejitos de colores.

Entre 1995 y 1996, Groppa escribió un conjunto de poemas –aún inéditos<sup>10</sup>– titulado *Los “TIPROFI”: Títulos*

9. María Esther Albeck y Ana María González, *Quebrada de Humahuaca, más de diez mil años de historia*. Salta: edición de los autores, 1999, 3ª edición. La primera edición data de 1996.

10. El libro empezó a circular gracias a la difusión de la revista *Vox*, en su versión digital. La obra está disponible en: [http://www.revistavox.org.ar/virtual\\_15-1.htm](http://www.revistavox.org.ar/virtual_15-1.htm)

*provinciales de financiamiento*. El título hace referencia a la emisión de bonos emitidos por el gobierno provincial en un intento vano de compensar la falta de fondos para pagar los sueldos de la administración pública. En la “explicación” que figura en las primeras páginas, ya se advierte la ironía de Groppa:

Todos hemos sufrido en esta provincia. Me atrevo a asegurar que también los que nos hicieron sufrir, nada más que éstos padecieron con aire acondicionado, firmando planillas, notas y memos y gozando tal vez de relucientes viáticos y otras golosinas compensatorias. Por otra parte, creo es lo justo para quienes tienen tamaña responsabilidad al gobernar, legislar y juzgar. Claro, un poco distinta la situación a la de aquéllos que en los asentamientos y en los miles de viviendas premoldeadas y de bloques y en el paisaje (lo único que queda por vender) ni gobiernan, ni legislan, ni juzgan. Trabajos innecesarios porque para eso eligen representantes, para que lo hagan por ellos (pero sin asesores). Tal la democracia del embudo.

Más adelante, el autor afirma que había tenido el ánimo de remitirse a un volante titulado “Cambalache”, sin fecha y firmado por la agrupación “J.J. Valle”. Es decir, esta obra nace de un profundo deseo interior de ser un cronista sensible de la crisis y, además, de una articulación con panfletos que circularon en las calles.

Si bien Groppa es un poeta que deliberadamente busca la claridad de sus versos, estos poemas son muy directos y transmiten el mensaje de bronca que sentía el ciudadano frente a la falta de respeto, frente al atropello a la razón. La obra, como ya expresamos, está dedicada a los bonos, esos papeles pintados que trataron de solucionar las deudas salariales. Los TIPROFI habían sido impresos, por un decreto de necesidad y urgencia (Nº 2889-E-95), por un monto de 48 millones de pesos, en la gestión de Agustín Perassi<sup>11</sup>. Groppa nombra a este político en el poema titulado “Bono equivocación”; el poeta incluye una cita textual tomada ya no de un panfleto, pero sí de una escritura con aerosol en la calle San Martín al 600 (“Perassi te bamo a colgar”). En ese poema, aclara el autor: “No se debe colgar a la gente (pienso yo). / Es un método antihigiénico / que afecta a los cardíacos. / Mejor es solicitarle la devolución / de la diferencia entre su declaración patrimonial / de bienes (y males) / y lo que posee ahora”.

No estaría mal que los políticos que supimos conseguir piensen que la política no es sólo economía, sino también

11. Oscar Agustín Perassi nació en Córdoba, el 8 de enero de 1949. Había sido dirigente sindical de ASIMRA (Asociación de Supervisores de la Industria Metalúrgica de la República Argentina) en Altos Hornos Zapla, el complejo siderúrgico que fue privatizado por el menemismo. Su primer antecedente político fue el intento frustrado de ser concejal en Palpalá, por la línea interna del peronismo que respondía a Rubén Daza. En 1991 ingresó a la Cámara de Diputados de Jujuy. Después fue catapultado hacia la cumbre del poder provincial por sus compañeros de bancada al producirse la renuncia de Carlos Ficoseco, quien a su vez había asumido el cargo de gobernador tras la renuncia de Roberto Domínguez. Más detalles en el capítulo “La política jujeña en los noventa: partidos y actores de poder” de Adriana Kindgard, en Marcelo Lagos (dir.), *Jujuy bajo el signo neoliberal* (San Salvador de Jujuy: EdiUnju, 2009).

cultura. Un movimiento político, si quiere trascender como tal, debe comprender, o inclusive crear, un cierto clima de época. El gran problema político de Jujuy es que nuestros políticos no leen. Por lo tanto, ellos no pueden generar un ambiente culturalmente atractivo. Y mientras eso ocurra, este libro inédito de Groppa seguirá cumpliendo su función: ser un conjunto de textos compuestos por capas sucesivas de panfletos, grafitis, voces de la calle y toda la rebeldía de la poesía. Los poetas que se atreven a cruzar esos discursos existen –como existen los indignados–, no sólo para que haya malos políticos, sino para que los malos políticos tengan nombre.

En 1996, la revista *El Duende* publica el poema “Totalmente incomunicado” de José Carlos Coronel, en el que relata la sensación que siente el preso político que es aislado, torturado y, aun así, cumple con su oficio de escribir. Las palabras –ahora lo sabemos bien– importan después de todo.

En el nuevo milenio, como ya lo expresamos, se inicia con el libro de Fidalgo sobre la dictadura. Este libro funciona como plataforma sólida en la que se apoyan otros libros, videos documentales y revistas. En la mayoría tuve participaciones con distintos grados de responsabilidad, por esa razón no me detendré en un análisis pormenorizado de estas producciones. Sí me parece importante destacar que, en el libro de poemas de Alcira Fidalgo, por primera vez en Jujuy, sus familiares reconocen explícitamente que ella militó en Montoneros. No es un detalle menor porque el discurso de los organismos de DDHH en los años inmediatamente

posteriores al retorno democrático era que todos los detenidos-desaparecidos eran víctimas puras, después afirmaron que eran los mejores de sus generación (la dirigencia que nos faltaba), recién en el cambio de milenio aprendimos a aceptar que nuestra amarga historia no se reduce a blancos contra negros y que contiene una gran cantidad de actores grises, cuyas acciones deben ser evaluadas de acuerdo al contexto social y político en el que se desarrollaron. Me apresuro a aclarar que no estoy colocando ningún signo de igualdad entre las violencias impulsadas por las acciones de la guerrilla y la represión dictatorial. Lo reitero: son inconmensurablemente distintas. Sí me parece que es necesario revisar nuestro pasado críticamente, no con la “neutralidad” de los especialistas en control de calidad, sino con trabajos que no releguen el compromiso político, ético y afectivo de los investigadores.

Nombro, a continuación, obras que, en la última década, narran o reflexionan sobre las memorias de la represión militar; en algunos casos, el tratamiento es sólo parcial. Van por orden de aparición:

- *Diez décadas de Libertador General San Martín* de Olga Demitrópulos (Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2001), libro que contiene información sobre algunos militantes y medidas represivas en esa localidad;
- *Oficio de aurora*, poemas de Alcira Fidalgo (Buenos Aires: Libros de Tierra Firme, 2002) que, además, tiene una historia de vida, dibujos, fotografías y testimonios de familiares;

- “Apagón en el ingenio, escrache en el museo: Tensiones y disputas entre memorias locales y memorias oficiales en torno a un episodio de represión de 1976”, capítulo de Ludmila da Silva Catela (2003) incluido en el libro mencionado en la nota al pie n° 3;
- *Con vida los llevaron: Memorias de madres y familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy* de RC (Buenos Aires: La Rosa Blindada, 2004; San Salvador de Jujuy: EdiUnju, 2008 y 500 Armas, 2021), libro de no ficción;
- *Tejer con hilos rotos: Notas y entrevistas sobre una cultura de la memoria* de RC (San Salvador de Jujuy: UNJu / Ministerio de Educación de Jujuy, 2005);
- *Memorias del apagón: La represión en Jujuy, 1974-1983* de Delia Maisel (Buenos Aires: Ediciones MEDH, 2006), un trabajo muy bien editado, aunque la investigación no es rigurosa;
- “Dictadura, democracia y políticas neoliberales. 1976-1999” de Marcelo Lagos y Mirta Gutiérrez (2006), capítulo incluido en un libro de historia que más adelante me referiré;
- *Marina Vilte: Blanco en los '70* de Sofía D'Andrea (La Plata: De la campana, 2008), obra que rescata la militancia de la maestra y dirigente gremial que fue detenida y desaparecida por los genocidas del 76; su autora reconoce que, si bien no formó parte del círculo íntimo de la gremialista, trabajó diariamente junto a ella y que fueron compañeras de lucha;

- *El porqué de mi lucha: Treinta años en la vida gremial del pueblo aguilaraño* de Avelino Bazán, libro que fue editado por sus familiares en 1989 y que circuló de manera muy restringida; en junio del 2011, la secretaría de Comunicación Pública de la Nación lo reeditó en su colección “Memoria en movimiento” que se distribuye en forma gratuita.

También aparecieron siete números de la revista de memorias *Nadie olvida nada* (2004-2006), dirigida por Andrés Fidalgo. La producción audiovisual, por su parte, fue fructífera: además de *Sol de noche* (2004, 2012), documental dirigido por Pablo Milstein y Norberto Ludin, distribuido por el diario *Página 12*, que trata sobre la vida de Olga Márquez de Aredez, existen varias producciones locales: *Nadie Olvida Nada: Derechos Humanos en el Norte Argentino* (2005) y *Somos nuestra historia* (2007), ambos dirigidos por Ariel Ogando del grupo Wayruro; *Retazos de la Memoria* (2005), dirigido por Diego Ricciardi de la Red Andina de Video y que tiene como entrevistada principal a Eublogia Cordero de Garnica, quien demuestra que Olga no siempre marchó sola; *Desafiando al silencio (Reynaldo Castro: Tras las huellas de una cultura por la memoria)* (2009) de Darío Melano Jasmín, que fue promovido por el departamento del Cine Móvil de Jujuy. Además, este año se estrenaron, en el canal Encuentro, documentales dedicados a Ernesto Aguirre, Andrés Fidalgo y Avelino Bazán.

Un párrafo aparte dedico a varios libros editados por la UNJu. En primer lugar, dos investigaciones de la Unidad de Investigación en Historia Regional (que aparecieron en el 2006 y 2009): *Jujuy en la historia: De la colonia al siglo XX*, libro dirigido por Ana Teruel y Marcelo Lagos (que contiene el capítulo ya citado de Lagos y Gutiérrez sobre la dictadura, el retorno democrático y las políticas neoliberales) es el primero; el otro, *Heridas por la vida: Huérfanas, prostitutas y delincuentes; control, disciplinamiento e integración social en Jujuy -1880-1920-* de Lucía Mallagray.

El primero es un libro panorámico muy reclamado por los lectores y librerías, los autores de los distintos capítulos demuestran cómo el pasado está vinculado íntimamente con el presente; nuestra historia –como la de todos– tiene protagonistas y no fue realizada a ciegas, es un proceso con sujetos y con ideas que pesan. Pero hasta la aparición de esta obra, nadie había realizado una síntesis tan abarcadora.

*Heridas por la vida*, por su parte, es el primer trabajo histórico que coloca a las mujeres como protagonistas activas en un periodo de Jujuy, un libro en el que la autora traiciona a su propia clase, se desvía de su grupo de origen<sup>12</sup> (para lo que no lo saben: Lucía fue sobrina de monseñor Germán Mallagray, rector

12. Afirma Raymond Williams: "Cuando la sociedad cambia, su literatura cambia, aunque a menudo lo hace por caminos inesperados, porque es parte del crecimiento social y no su mero reflejo". Para profundizar sobre la historia social de los escritores, véase el capítulo 5 de su libro *La larga revolución* (Buenos Aires, Nueva Visión, 2003).

interventor de la UNJu, en la última dictadura). Así, ella produce una obra sobre una temática que había sido marginada en Jujuy: escribe sobre mujeres subalternas en el cambio de milenio anterior; es, además, no sólo un libro novedoso porque hasta entonces la historia local no se había concentrado en la vida privada, sino que también es un trabajo riesgoso por la carga subversiva que sus páginas contienen.

También vale destacar que en el 2009 aparecieron dos libros poco comunes: *Jujuy bajo el signo neoliberal: Política, sociedad y cultura en la década del noventa*, cuya dirección estuvo a cargo de Marcelo Lagos y *Científicos de Jujuy*, publicación que promovimos desde el área de Prensa y Difusión de la UNJu y que constituye el primer (y hasta ahora único) trabajo de divulgación científica de nuestra provincia.

El libro sobre los noventa es el resultado de un proyecto de investigación interdisciplinaria que desarrollamos entre el 2004 y el 2007. En el prólogo, el director realiza la siguiente aclaración:

En lo personal era la primera vez que dirigía un grupo con integrantes provenientes de diversas disciplinas sociales, siempre había trabajado exclusivamente con historiadores. En principio no es tan sencillo y romántico como idealmente aparece. Tuvimos que adaptar lenguajes, estructuras de pensamiento, interpretaciones teóricas y más adelante organizar el relato escrito. Cada capítulo fue revisado y discutido

por el grupo y eso llevó casi dos años, fue una etapa de verdadero aprendizaje, pues la crítica interna abarcó desde la estructura de una frase hasta la hipótesis central de un capítulo.

No fue una tarea fácil reflexionar desde distintos puntos de vista la década menemista. Tampoco fue fácil la producción de *Científicos de Jujuy*. Me acuerdo que algunos investigadores no quisieron participar; entre ellos, una doctora en biología que me dio una lección sobre cuál debería ser mi tarea como periodista de la UNJu, cuando le pregunté cuál era su título de grado se sorprendió. Enseguida le cuestioné por qué si yo no me meto con las amebas y paramecios, ella sí se mete con las ciencias de la información. Pero el obstáculo más grande lo tuve con el rector Enrique Arnau; él me dijo que no había fondos para la publicación, que habría que esperar. Le contesté que yo tenía un compromiso con los investigadores y que los materiales e insumos de la edición saldrían de mi bolsillo. Pero, eso sí –le aclaré–, la tirada es mía. Estaba seguro que íbamos a vender el libro como pan caliente: era la primera vez que salía una publicación de estas características, con fotografías y datos de los investigadores y también con un buen estudio preliminar de Diego Hurtado, Eduardo Mallo y Ana María Vara, historiadores del Centro de Estudios de la Historia de la Ciencia y la Técnica de la Universidad Nacional de San Martín. Al ver mi decisión, el rector sólo atinó a decir que no me apresurara y, a los pocos días,

autorizó la impresión. Fue una suerte para mis ahorros: el libro fue más comentado que vendido.

La investigación sobre los noventa, por el contrario, agotó la primera edición en pocos días (la segunda también está agotada). Un dato curioso ocurrió en la Legislatura, a instancias del diputado –y también escritor– Pablo Baca, se discutió la propuesta de declarar a ambas publicaciones de interés legislativo. Hubo unanimidad para el libro poco vendido, pero no ocurrió lo mismo con *Jujuy bajo el signo neoliberal*. Cierta diputado (cuyo nombre no voy a mencionar) afirmó que se trataba de un trabajo panfletario. Lo curioso es que casi todos los autores de la obra rechazada figuramos en libro que sí les pareció digno del interés legislativo. ¿Cómo se explica esta contradicción? Es fácil: muchos de los responsables de una de las peores décadas de la historia de Jujuy siguen en sus puestos o han sido reciclados en otra función o son diputados. Para algunos, los noventa aún no terminaron.

Una última cuestión sobre el campo político. El 30 de julio pasado murió Héctor Tizón. ¿Hace falta aclarar que fue un gran narrador? Hace falta, créanme que hace falta. El día que lo enterraban en el cementerio de Yala, el gobernador Eduardo Fellner declaró a una periodista: “Despido no sólo a un gran hombre de Jujuy, sino a un poeta”. Es saludable que los funcionarios públicos se interesen por sus escritores. Sería más saludable si pueden precisar los géneros literarios que han practicado esos escritores. Tizón, para decirlo claramente, nunca

escribió poesía. Todo esto nos obliga a pedirles a los funcionarios públicos que cumplan con un deber primordial: quedarse callados cuando no tienen nada para decir.

Para finalizar, sostengo que es importante conocer a autores contemporáneos, eso hice cuando estuve en la Patagonia y en otros viajes. Pero, creo que es más significativo conocer el humus cultural donde se desarrollan las obras que cuestionan el orden establecido. El trasvase de ideas no se produce según características de pureza absoluta. Afortunadamente existen libros y escritores que funcionan como vasos comunicantes. Así, determinadas trayectorias intelectuales se inscriben en una intertextualidad enredada. El compromiso de Fidalgo, por ejemplo, parte de su primera juventud, cuando él estuvo influenciado por Deodoro Roca, la gran voz de la Reforma Universitaria del 18, el organizador de los comités de ayuda a los republicanos que huían de la dictadura franquista. Además, el “Viejo” aprendió a trabajar colectivamente con la gran experiencia que fue *Tarja*. Su idea de compromiso se potenció cuando trabajó como abogado asesor en la delegación Jujuy de la CGT de los Argentinos que dirigía Raimundo Ongaro, en la que también trabajaba Rodolfo Walsh. Después, como ya expresé, fue el padre putativo de nosotros.

El vacío que deja la muerte de Andrés Fidalgo seguramente será difícil de llenar. No sólo porque faltan intelectuales que tengan saberes universales; sino porque el público a los que se dirigían esos intelectuales, en este nuevo

milenio, también se ha modificado. Quizás los lectores omnívoros sean ya una especie en extinción por el avance de las pantallas –en sus distintos formatos– y ya nadie busque la figura del intelectual total.

Como sea, de algo estoy seguro: siempre están los escritores e investigadores que desde un poema o un *paper* minan el vetusto sistema que aún se niega a morir (llámese colonialismo, trauma de posdictadura o neoliberalismo). Siempre existe un cronista sensible capaz de denunciar a “la democracia de embudo”. Siempre hay quien nos recuerda un manifiesto que ya está por cumplir un siglo que, en una de sus líneas, expresa que “la honra se filtra por la menor grieta”; menciono esto porque, en el año 2006, cuando yo integraba el jurado de un concurso de poesía, Aguirre me preguntó si era verdad que la secretaría de Cultura me había designado para esa tarea; le contesté que efectivamente así era, pero que podría presentarse porque concursaban obras con seudónimos. Otra vez, él fue tajante: “Somos amigos”, dijo e inmediatamente decidió no concursar.

A todos nos hace mucho bien conocer las voces que vienen del pasado. Porque allí están las ofensas que aún hay que redimir. No me refiero sólo de la falta de justicia para nuestros tres escritores desaparecidos, hablo de la necesidad de reconstruir trayectorias intelectuales como la de último intelectual frontal, hablo de la necesidad de entender el cambio de milenio con los nuevos modelos intelectuales que ofician,

muchas veces, de mediadores entre los distintos saberes y los nuevos modos de leer.

El gran problema que tenemos los que nos formamos en el siglo pasado es la herencia fuerte de las vanguardias. Por eso nos gustaría tener una palabra lúcida que ponga blanco sobre negro, pero ya sabemos que eso es una ficción interesada y que la realidad muchas veces está salpicada por grises. Nos han (mal) educado para vencer y no para cooperar. Quizás, la tarea de muchos –entre los que me incluyo– sea realizar un trabajo de organización del saber, de ordenación, de selección; un oficio en el que tal vez seamos los últimos en la cadena de la cooperación.

Recién este año comenzó el primer juicio por delitos de lesa humanidad en Jujuy. Cinco son las causas que la Justicia investiga; entre ellas, la detención y desaparición de Avelino Bazán. La trayectoria de Bazán es una historia que trasciende los límites de un partido político. Que lo reivindiquen organizaciones de izquierda no significa que él haya militado en ese sector, significa que otros sectores aún no han recuperado la voz para honrar a sus mártires. El miedo, como todos sabemos, es la herencia más difícil de erradicar que nos dejó la dictadura. La tarea de reflexionar sobre esta consecuencia, por lo tanto, recién ha comenzado.

San Salvador de Jujuy, octubre de 2012.



---

ALGO HABRÁN HECHO. Diego Valdecantos (el más alto) y Humberto López (el que tiene gorra) discuten con el autor de este libro. Captura de video. Cruce de las rutas 9 y 52, 19 de julio de 2023.

18.

# Cómo meter presos con las palabras

## I

He publicado, casi sin darme cuenta, una modesta pero visible cantidad de libros referidos a las memorias de la represión dictatorial. He dado charlas en escuelas de mi provincia y también en universidades de Sudamérica. Fui invitado a distintos congresos y también consultado en juicios por crímenes de lesa humanidad.

Cuando publiqué el primer libro (*Con vida los llevaron: Memorias de madres y familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy, Argentina*), en el 2004, me cansé de contestar la misma cuestión: “¿Por qué escribe usted sobre la dictadura? ¿Acaso tiene un familiar desaparecido?” De tanto responder, escribí un artículo que figura como epílogo en las reediciones de aquel libro (“Memoria de unas memorias”). Después, un reducido pero tenaz grupo de lectores me hicieron el aguante con otros libros. En los últimos años, aquella interrogación inicial fue reemplazada por otra: “¿Por qué insiste en abrir las heridas del pasado?” Mi respuesta fue más escueta y contundente:

– ¿Quién dijo que esas heridas fueron cerradas?

Me explayo sobre la cuestión. Las heridas que dejó la última dictadura no se reducen a la nómina de personas desaparecidas, a la cantidad de nietxs que fueron apropiados como un botín de guerra, los cuerpos mutilados que lograron sobrevivir, en fin, la sangre derramada que llegó al río, al cerro y a tantos chupaderos.

Durante el gobierno Néstor Kirchner comenzó a desarrollarse una fuerte política de memorias, en contraposición a las políticas de olvido que promovieron Carlos Menem, en mayor medida, y Fernando De la Rúa, el presidente que escapó en un helicóptero dejando decenas de muertos frente a la Casa Rosada. El canal Encuentro difundió historias, testimonios y aparecieron muchas publicaciones que me hicieron pensar que

la tarea de recordar (en mi caso, al menos) ya estaba concluida. No fue así.

No bien asumió Mauricio Macri en la presidencia, diputados de la colación gobernante posaron con un mensaje que adelantaba la política de revancha que estaba por comenzar: “Nunca más el curro de los DDHH”. Al poco tiempo, Gerardo Morales –el entonces flamante gobernador– ordenó la detención de Milagro Sala, después, frente al numerosos reclamos (rectores de universidades nacionales, Adolfo Pérez Esquivel, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el Centro de Asuntos Legales y Sociales, personalidades de la cultura y la lista sigue) afirmó que él la había puesto en la cárcel y que no pensaba liberarla (nótese el abuso de la primera persona que se olvida de la separación de poderes del Estado).

En sus primeros días, cuando la organización barrial Tupac Amaru acampó en la Plaza Belgrano, el ministro de Seguridad Ekel Meyer, en un gesto de bondad, expresó que (para desocupar la plaza): “Si es necesario usar la fuerza, no usaremos armas letales”. Como se ve, la bondad de estos funcionarios es letal. Por esos días, Morales enunció, grandilocuentemente, “Recuperamos la paz”, frase que se parece peligrosamente al título de la propaganda dictatorial de 1977: “Ganamos la paz” (documental que puede verse en el canal Encuentro).

## II

Hoy, 19 de julio, acompañé a investigadoras de problemáticas referidas a violaciones de los DDHH (una de Córdoba y otra Jerusalén) al cruce de las rutas 9 y 52, cerca del puesto de gendarmería. Ellas, como tantxs investigadores, no dejan de sorprenderse por la irrupción de políticos que expresan ideologías autoritarias; por lo tanto, querían conocer de primera mano cómo era el sentir de las comunidades.

Cuando llegamos al lugar, había pocas personas porque la mayoría estaba en una asamblea. Estaba un reducido grupo que cocinaba, que informaba a turistas que llegaban a preguntar el horario que se habilita el paso (desde hace varios días, la ruta queda liberada cada tres horas indefectiblemente) y una anciana, junto a un joven, cuidaban el fuego que estaba en el centro de un círculo que tenía piedras sobrepuestas para sentarse. Una maestra amiga nos presentó, nos invitaron a realizar una pequeña ceremonia con el fuego: lo alimentamos con frutos de molle, coca, galletas dulces y un poco de alcohol. Contamos los que hacíamos y el interés que despertaba la organización de las comunidades. Así, nos enteramos de sus historias personales, de la rica tradición de lucha –en especial, de las mujeres– que existe desde hace más de quinientos años de resistencia y la claridad que tienen de sus saberes y también de la constitución nacional y la reforma de la provincial que hizo Morales y sus adláteres.

Los kollas saben leer y lo hacen muy bien. Algunos tienen problemas de escrituras (en plural) porque el gobierno provincial no le reconoce la propiedad comunitaria de sus tierras. Saben resistir porque han creado comunidades de memorias que dialogan alrededor de un fuego central y se transmiten historia de luchas, en muchos casos son historias de derrotas, pero siempre son historias que enseñan a tomar decisiones en este presente.

En medio de nuestra charla, un grupo de personas que son parte de la administración gubernamental se acercaron. El más alto dijo que era el secretario de Turismo y quería dialogar con nosotros. La mujer que nos había invitado a sentarnos respondió que espere más allá, que estábamos ocupados, tal vez recordando tantas veces que estuvo que esperar en alguna oficina pública. Un integrante de ese grupo nos empezó a filmar, como quien registra un hecho vandálico para después aplicar un escáner que identifique rostros (no es ningún delirio, es el método con el “justificaron” la detención de un docente universitario).

Cuando terminó nuestra charla, reconocí a un par de estudiantes de una materia que dicto en la carrera de Gestión Ambiental, en Abra Pampa. Estaba con su pareja y el bebé de ambos. Me dijeron que conocieron el amor en la universidad y que, en esta lucha, terminaron de entender algunos términos aparentemente abstractos: los ideales, la libertad, el poder, la autodeterminación y el tema que más les pegó (literalmente): el

derrumbe de los ídolos o cómo se hace una filosofía a martillazos. Confieso que nunca pensé que lo que expresó Friedrich Wilhelm Nietzsche podía tener una aplicación tan efectiva y necesaria.

Enseguida vi que mis acompañantes estaban escuchando lo que decía Diego Valdecantos, el secretario de Turismo de la provincia. Ya conocía su discurso: la cantidad de dinero que pierden los empresarios hoteleros, gastronómicos y otros por los cortes de ruta. Una maestra empezó a filmar al hombre que no paraba de filmar y estaba a las órdenes de Valdecantos. Alguien de las comunidades expresó una disconformidad y fue interrumpido por otro hombre del poder: “No podés venir a decir cómo son las cosas. No sabés más que yo. Soy el comisionado”.

No soporto el abuso del poder. Quizás porque es uno de los temas que enseñó y porque, unos minutos antes, un par de estudiantes me lo recordaron. Le pregunté algo y, en el acto, quedamos frente a frente con Valdecantos. Le hice preguntas y el intentó retrucarme con otras historias. Volví a preguntar y las respuestas del funcionario de Turismo llegaron mezcladas con intervenciones de Humberto López, intendente electo de Purmamarca. Les pedí que contesten de a uno. Le pregunté al secretario si había escuchado lo que dijo el ministro de Turismo Federico Posadas, en la entrevista que le hizo Guillermo Jenefes, en el canal local, el lunes pasado.

— Por supuesto que sí.

– Entonces, ¿cómo explica lo que dijo Posadas (“la carpa es de Montoneros”)? ¿Acaso ve una tacuara cruzada con un fusil, como era la gráfica de aquella organización?

Él me contesto que lo dice toda la gente. Que todo el mundo sabe que, en ese lugar, estuvo gente del gobierno nacional y de la izquierda. Un muchacho (el que había sido interrumpido por el comisionado) recordó que aún permanecían varios hermanos detenidos en Humahuaca. La respuesta fue fulminante como toda vez que sale algo del inconsciente:

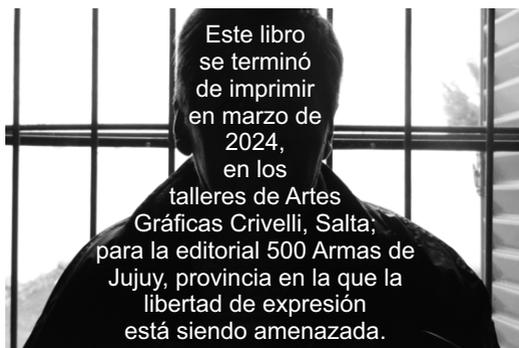
– Algo habrán hecho.

Prendí la cámara de mi celular y le pregunté si se animaba a repetir esa fatídica frase (era la justificación que los propagandistas de la dictadura habían instrumentado para instalar el terror). El intentó zafar: me preguntó si todos los que estaban ahí eran de integrantes de pueblos originarios (seguramente vio los rostros de las investigadoras que estaban en el lugar). Le retuque que yo era periodista, que hago preguntas y que él es funcionario público y si puede dar su nombre y volver a repetir la frase.

Sin inmutarse dijo su nombre y repitió la frase por las que tanta sangre fue derramada.

### III

En el viaje de regreso, las investigadoras y la maestra destacaron la importancia de la organización de las comunidades de pueblos originarios. Me animé a decir que varios jóvenes que participan activamente son hijos de comunerxs y también excelentes estudiantes, como los que encontré hoy. Coincidimos que tenemos mucho que aprender de esos saberes que vienen con la transmisión oral y que podemos aportar nuestras tecnologías discursivas para reconocer a funcionarios que no solamente hablan como políticos autoritarios, son políticos autoritarios.



En marzo del año pasado, una versión de este libro estaba lista para entrar en imprenta. Sin embargo, otras urgencias ocuparon ese lugar: dos libros de memorias de mi autoría y un tercero, escrito por autores de tres generaciones, en el que analizamos cuarenta años de democracia y las represiones policiales sobre pueblos originarios, docentes y otros miembros del campo popular que protestaron por la aprobación de la Reforma constitucional en Jujuy.

Este libro tiene muchas influencias, dos de las cuales son muy queridas y admiradas: el *Panorama de la literatura jujeña* (1975) de Andrés Fidalgo y *Abierto por balance: de la literatura en Jujuy y otras existencias* (1987) de Néstor Groppa.

Además, tiene un origen universitario, pero no repetitivo. A mediados de los noventa, formé parte del equipo docente dirigido por Luis Alberto Quevedo en la UNJu, quien hizo posible el primer relevamiento del sistema de medios en Jujuy. En 2005, junto a Alejandra Nallim y después de participar en equipos de investigación distantes, comencamos a imaginar investigaciones subversivas y contemporáneas; las imaginamos e *ipso facto* las realizamos. También mantuve un diálogo fructífero con Marcelo Lagos, el investigador que más popularizó la historia local, sin comprometer en ningún momento la precisión. El campo universitario siempre estuvo –está– atravesado por tensiones que traspasan saberes, espacios y decisiones; por eso, en momentos de precariedad académica, la amistad y colaboración extramuros de Elizabeth Jelin y Ludmila da Silva Catela ha sido –es– fundamental.

En este marzo, nuestro horizonte político, social y cultural está –una vez más– dominado por funcionarios negacionistas, (paleo)liberales y postuladores de una tiranía, por lo que necesitamos reflexionar y discutir nuestro rol ante la sociedad. Es necesario rescatar los nombres de la genealogía plebeya que contribuyeron a lo mejor de nuestra literatura.

Muchas de las personas que menciono en esta publicación ya han fallecido, tres fueron detenidas y desaparecidas por el poder dictatorial; otras perdieron sus trabajos y no falta quien está bajo la sombra del poder. Ahora, en estas páginas, varios de sus trabajos e ideas están al alcance de lectores que buscan comprender por qué, en determinados momentos de nuestra historia, hubo un repliegue intelectual.